



EL BAILE DE MÁSCARAS.

Hubo un rey, cuyo nombre, nacion, ni época de su reinado no se sabe á punto fijo; mas no siendo esto esencial para nuestro asunto, recordaré únicamente algunas de sus excelentes virtudes, que es lo que más nos interesa. En efecto, su afebilidad, grande para con todos, desarmaba hasta sus propios enemigos; el amor decidido que profesaba á sus pueblos le hacía conocer sus verdaderas necesidades, é incesantemente trabajaba por hacerle más feliz, sin dejarse llevar jamas de los dichos ni hechos de sus cortesanos, siempre que su profundo discernimiento los hallaba contrarios al buen sentido y recta razon.

Este rey tenía un hijo único, á quien, debiendo trasmitir por herencia su corona, queria poner ántes en posesion de las virtudes, y sobre todo del amor al pueblo, para

cuyo fin no se contentó con la educacion que habia recibido de su nodriza, ni la cuidadosa que, á costa de grandes dispendios, adquiria de los ayos y maestros, sino que le formó una córte, no como la que se ve comunmente, compuesta de adultos, cuyos siniestros ejemplos extravian fácilmente la niñez de los rectos caminos, sino una sociedad de pequeños camaradas entresacados de todas las clases de la nacion, que disfrutando de las tareas y diversiones del príncipe, vivian con él en una intimidad que, con ser bastante familiar, carecia de bajeza. Más de una vez el jóven príncipe manifestó algun disgusto de esta educacion, costándole al amable niño lágrimas, que su padre, instruido por la experiencia, sabía enjugar á tiempo con sus oportunas reflexiones, deshaciendo el encanto en que fácilmente se adorme-

cia su hijo, y del que nosotros, áun en nuestra edad, nos dejamos arrastrar á menudo con complacencia: *Á nada ménos aspiraba que á conseguir la certidumbre de que se le amaba por sí mismo, despues de haberse hecho digno de serlo.*

Llegó el príncipe á persuadirse del acendrado amor que le profesaban sus camaradas, y léjos de confundirle con la adulacion, se complacia en referir las menores circunstancias que podian prolongar este error, si es que lo era: su padre no estaba tan satisfecho, y quiso hacer una prueba para desengañar al príncipe, aceptándola éste por el afecto que tenía á la verdad en todo.

Al efecto se dispuso cierta noche una gran funcion en el palacio real, destinando para celebrarla el pabellon que formaba las habitaciones del príncipe.

Llegada la hora, se fueron acercando muchos carruajes, que se colocaban por órden en el patio de honor; en algunos se veian armas, pero la mayor parte carecian de aquellos orgullosos signos de la lengua heráldica, aunque casi todos alumbrados con hermosos faroles, que, unidos á las hachas que llevaban los lacayos y á los diversos adornos de colores, esparcian una luz tan viva, que parecian quererse las disputar al sol. La multitud de curiosos que se agrupaban sobre el enverjado de enfrente del palacio veia al traves de las vidrieras de los espaciosos salones á la muchedumbre de convidados pasar y delinearse en las cortinas, como se

verifica al traves del vidrio de la linterna mágica ó de la gasa de las sombras chinescas.

La magnífica y ancha escalera, cuya barandilla de hierro sobredorado recibia su mayor realce del primor artificial con que se habia trabajado, estaba alumbrada por una riquísima araña que pendia de la bóveda, esparciendo brillantes raudales de luz un sinnúmero de bujías: sobre los escalones de mármol blanco habian tendido alfombras, que entre la variada riqueza que ostentaban sus colores, representaban asuntos tomados de las antiguas crónicas, coronando todo este adorno la ereccion de una especie de anfiteatro compuesto de vistosas cajas de naranjos, y muchos y preciosos jarrones que contenian las más raras flores, cuyos suaves aromas perfumaban todo el recinto.

En lo interior de las habitaciones ardian mil bujías odoríferas colocadas en facetas, en el cristal tallado y en candelabros de oro y plata, y cuyas infinitas luces reflejaban en los magníficos espejos de Venecia, encajados en marcos dorados, que, colocados unos enfrente de otros desde los hermosos tallados del friso del pavimento hasta la cornisa, producian un efecto maravilloso sobre las colgaduras de la morada seda. Las repetidas y brillantes luces de todos los aposentos, sucediéndose en línea recta, no parecian formar sino una sola galería, de la que, deslumbrada la vista, en vano se fatigaria en buscar el fin.

¡Qué espectáculo tan halagüeño, hijos míos! Y ¿podréis creer que todo aquel oro, todas aquellas luces, perfumes, colgaduras, y en fin, toda aquella ostentación se había preparado con el objeto de obsequiar á los compañeros del joven príncipe? Pues sí, queridos niños, ¡sólo para el bailecito de máscaras! Pero aún hay más de interesante que lo que presenta esta magnificencia mágica. Toda aquella multitud estaba dividida, ya formando grupos ó cuadrillas que bullían por los salones, ya sentados sobre primorosas banquetas de terciopelo color de cerezo y guarnecido de oro, dominando con su estrepitosa y retozona alegría al sonido y cadencia de una deleitosa música. Los primorosos tocados de terciopelo, las plumas, penachos, capas bordadas, estudiados lazos de cinta, atavíos de gasa, bonitas guirnaldas de flores, piececitos aprisionados en raso que andaban y saltaban, cruzándose en diferentes direcciones, y confundiéndose entre los variados matices de un millón de colores, no era lo que ménos llamaba la atención, así como los comenzados discursos, é interrumpidos de pronto con ocurrencias picantes, seguidas de largas carcajadas de risa, y bien maliciositas algunas, como las que vosotros sabéis decir, amiguitos míos.

En fin, todo era suntuoso y encantador, todo excitaba maravillosamente la curiosidad de los espectadores; aquel movimiento y viveza juvenil, aquella reunión tan libre y

animada, aquellas caprichosas *caretas* con que se presentaron los actorcitos (habiendo sido ésta la condición que exigió el Rey al hacer la apuesta con su hijo); todo aumentaba por grados la curiosidad, procurando reconocerse con el mismo interés que se habían estudiado los disfraces. ¡Oh, Dios mío! allí era de ver á los niños con todo su candor, toda su travesura, todas sus gracias, toda su risueña alegría, y últimamente, con todo lo que hace amable la niñez y que recuerda en edad más avanzada los hermosos días de la primera edad.

Entre estos niños tan airoositos y tan ricamente vestidos, había uno que se llevaba la atención de todos por la originalidad de su figura, el despejo de sus modales y prontitud de sus réplicas; era bullicioso, murmurador, revoltoso, muy loquillo, porfiado con las señoritas y con los demás niños, desarmándolos á veces con alguna agudeza ó algún manotoncillo; en fin, era un lindo compañero. Cuando se alejaba se decían unos á otros que no podía dejar de ser el hijo del Rey. Estas sospechas fueron cundiendo de unos en otros, y todos se llegaron á persuadir que efectivamente era el príncipe. Desde este momento iban á porfía á rodearle y cortejarle: los que parecían ofendidos de sus chanzas, á veces algo pesadas, fueron los primeros en prestarse de buena gana á obsequiarle. Cuando bailaba se disputaban el honor de figurar en su comparsa, y los que estaban algo distan-

tes se subian en las banquetas para verle más á gusto y aplaudirle; todos le trataban y consideraban como si realmente fuera el hijo del Rey.

Pero hé aquí que una nueva ocurrencia suspende repentinamente todas las conversaciones: las comparsas de baile paran sin que se concluya el compas; las miradas fijas en la mascarita, ídolo de la funcion, se dirigen á la entrada del salon, y despues de un instante de silencio, seguido de un sordo murmullo, en el que no se sabe si dominaba más la curiosidad que el descontento, se oye resonar de todos los puntos del salon á la vez una gran carcajada de risa, como el resúmen de los sentimientos diversos de que la concurrencia infantil estaba poseida. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué es lo que sucede? Un máscara rústico, con unos macizos y herrados zapatones, cuyo ruido retumba en el pavimento, donde apenas se percibia el del calzado de seda de los otros. Un vestido de paño burdo, y hecho Dios sabe cómo..... un largo pantalon cubriendo unas medias azules, sujeto á los riñones por una faja de lana encarnada; un sombrero gacho y una estropeada careta era todo el atavío de la mascarita que osó presentarse en el iluminado salon, y mezclarse entre los ricos tocados. Por todas partes se levantó un grito general contra este pequeño personaje vestido con tan poca elegancia: consultaron si se le deberia echar fuera, y algunas señoritas acordaron entre sí negarse á bailar con él, si tenía la audacia de

convidarlas; mas, por último, ántes de tomar el partido violento de expulsarle de la sala, dispusieron divertirse un rato á costa suya: á este fin le rodean, y uno le da un empujon, otro le tira de la ropa, otro le pisa, otro más atrevido descarga un manotazo en el casquete de su sombrero y se lo hunde hasta los ojos; apenas hay uno que no le diga su dicharacho, y el pobre aldeanito seguia risueño, dejándose llevar á todas partes, pero replicando con viveza á las chanzonetas pesadas con que algunos más imprudentes le acribillaban.

Luégo que se fué serenando la ruidosa sorpresa que causó en el salon el nuevo actorcito, uno que pasaba por más chistoso se encargó de averiguar el objeto de su venida, y al efecto le dijo, dándole algunas palmaditas sobre el hombro: ¡Adios, amiguito! Tú, hijo de la plebe, ¿qué vienes á buscar á la córte?

— Vengo á ver si se divierten aquí como en mi pueblo, y si los niños están bien criados.

— ¡Vaya, hombre, me gusta tu curiosidad! ¿Y no sabes que los regios saraos no se han hecho para gentes como tú?

— ¿Y por qué? Pues gentes como yo son las que contribuyen á sostener estos saraos.

— Enhorabuena, pero al ménos deberias haber buscado otro traje más decente.

— De ningun modo; yo prefiero el mio al tuyo.

— Al oir estas palabras soltó una

gran risotada, y llevando las manos á la cintura, con la cabeza más erguida y mirando con enojo, iba á proseguir su interrogatorio, cuando se acercó otro bufoncito y le dijo:

—¿En efecto, tus zapatos herrados son más elegantes que los míos de seda?.....

—Es verdad que no, pero si los enemigos invadiesen la frontera, con mis zapatos toscos y herrados seguiría yo mejor á mi padre para ir á rechazarlos, que lo haríais vosotros al vuestro con esos delicados zapatitos.

—¿También dirás que tu vestido de paño burdo y de una hechura tan tosca es más rico que mi manto bordado?

—Más rico no, pero menos incó-

modo para manejar el fusil que todos vuestros ricos y elegantes corpiños, eso sí.

—¡Diablo! Tu sombrero gacho te sienta mejor que á mí mi toca de terciopelo..... No te falta más que una pluma de gallo para eclipsar á mi garzota de ave del paraíso.....

—Si el extranjero quisiera que mi sombrero cayera delante de él en señal de humillación, sería preciso que derribase ántes la cabeza que le lleva, ¿y cuántos bellos sombreritos se ven, que teniendo la costumbre de saludar tan bajo, continuamente arrastran el lodo ó el polvo con la punta de sus plumajes?.....

J. M. BALLESTEROS.

(Se continuará.)





IMITACION DE UNA OBRA DE LA CONDESA DE SEGUR.

I.

Triste está el pobre Blasillo,
 Y está tan preocupado,
 Que su madre cariñosa
 El desayuno le trajo,
 Y ni siquiera lo prueba,
 Aunque se pirra el muchacho
 Por la leche sana y pura
 Y por el tierno pan blanco.
 — Hijo, ¿qué es lo que te pasa?...
 ¿Qué tienes, hombre? ¿Estás malo?...

Así le dice su madre,
 A quien le pone en cuidado
 El aspecto melancólico
 Que está en el niño notando.
 — Madre, dice, lo que tengo
 Es que hoy vienen nuevos amos,
 Y puede que buenos sean;
 Pero, á ver, ¿y si son malos?...
 — ¡Toma! ¿Y eso es lo que piensas?...
 ¿Y á tí qué te importa?... ¡Vamos!
 ¡Cuando yo digo que son
 Los demonios los muchachos!...

¿ Quién adivinar podía
 Que en eso estabas pensando ?
 — Pues, sí, señora, lo pienso,
 Y estoy temiendo algo malo.
 ¡ Ay, madre! buenos señores
 Eran los que se han marchado,
 Tan dulces, tan cariñosos
 Cuando nos mandaban algo...
 No podré olvidarme nunca
 Del señorito Santiago ;
 Más que señor, parecía
 Mi compañero, mi hermano ;
 Siempre me daba juguetes,
 Y aunque siempre iba tan majo,
 No se desdeñaba nunca
 De ir conmigo de la mano.
 Cuando se marchó lloraba,
 Es decir, los dos llorábamos,
 Y al vernos llorar, sus padres
 Me abrazaron, me besaron,
 Y, yo lo vi, sí, señora,
 También se fueron llorando.
 Pero si tanto sentían
 Irse, ¿ por qué se marcharon?...
 — Se fueron porque quisieron,
 Porque han vendido el palacio...
 — ¿ Por qué le han vendido?

— Mira,

No preguntes más, muchacho,
 Y no te ocupes en cosas
 Que no te importan un rábano.
 Los mismos amos que vienen
 De Madrid nos encargaron
 Por carta, que en nuestro puesto,
 Como siempre, continuáramos ;
 Es decir, no nos despiden,
 Y ya estamos obligados
 A estarles agradecidos,
 Pues bien pudieron echarnos
 Y poner otras personas
 Donde nosotros estamos.
 Ya ves, pues, que tus temores
 Son temores infundados,
 Y si amos buenos perdimos,
 Buenos amos encontramos.
 — Pues mire usted, lo decía
 Porque ayer esos lacayos
 Que han venido con los coches

Estaban juntos hablando,
 Y de los amos hablaban
 Muy mal.

— Pues si ellos hablaron

Mal de los que les mantienen,
 Tú no debes imitarlos.

— De quien dijeron más pestes
 Es del niño don Ricardo,
 El hijo de los señores,
 Que dicen que es lo más malo...
 Que se incomoda por todo
 Y que suele maltratarlos ;
 Que es embustero y cobarde,
 Y tiene en el cuerpo el diablo,
 Y un orgullo, una soberbia,
 Que cuando un pobre criado
 No le dice *don*, le tira
 Lo que primero halla á mano.
 En fin, no le pueden ver,
 Según creo, ni pintado,
 Y le tienen mucho miedo.

— ¿ Le tienen miedo esos zánganos?...

¿ Miedo á un niño?... No lo creas ;
 Ellos sí que son malvados
 Cuando de ese modo ultrajan
 Al que es hijo de sus amos.
 Hijo, lo que tú has de hacer
 Es ser bueno y bien mandado,
 Y obedecer á tus padres,
 Y no tener nunca tratos
 Con lacayos ni cocheros,
 Ni llegar nunca al palacio
 De los señores que vienen,
 Y si vas, sólo en el caso
 De que ellos te llamen. Antes,
 El señorito Santiago
 Te llevaba á que jugaras
 Con él en su mismo cuarto,
 Pero tú y él por sus padres
 Estabais autorizados ;
 Hoy es ya muy diferente,
 Y si el niño don Ricardo
 No tiene iguales costumbres,
 No hay razón para quejarnos.

—

— ¡ Eh! ¡ que vienen los señores!...
 Vino un jinete, gritando.
 Diga usted, buena mujer,

¿Usted es la portera?... Claro;
 Por esa facha he debido
 Conocerlo... Pues, andando,
 Abra usted pronto la verja,
 Que á escape vienen los amos.
 — Bueno, la abriré en seguida.
 — ¿Y el portero?...

— En el palacio,
 Arreglando unas macetas
 En el pórtico. ¡Mariano!...
 No me oye. Corre, Blasillo,

Lleva á tu padre el recado
 De que ya los amos vienen,
 Y que venga aquí volando.

—
 A correr echó Blasillo,
 Y ya iba á entrar muy ufano,
 Cuando cuatro lacayotes
 Fueron á atajarle el paso,
 Y con descorteses modos
 Le dijeron: — ¡Eh, muchacho!
 Largo de aquí.— Soy de casa.



Los lacayos.

— ¿Tú de casa?...—El hortelano
 Y portero, que está dentro,
 Es mi padre.

— Mamarracho,
 Si no te vas de aquí pronto,
 Te vamos á echar á palos.
 — Vengo á decirle que venga,
 Que madre le está esperando.
 — Pues tu padre, tú y tu madre
 Os podeis ir con mil diablos,
 Y cuando tú venir quieras
 A poner el pié en palacio,
 Vístete como nosotros,

Con corbata y guante blanco,
 Que no entran aquí granujas
 Sin camisa y sin zapatos.

—
 Oyendo tales ultrajes,
 Iba á responder airado
 Blasillo, mas le contuvo
 El temor de que algo malo
 Pudiera sobrevenir
 A sus padres adorados,
 Y donde estaba su madre
 Volvió con vergüenza y llanto,
 Y le refirió la escena,

Y—¡ Ya ve usted qué criados!—
Le dijo.—Si así son ellos,
¿Qué tales serán los amos?

En esto el padre, que habia
Sabido que su hijo amado
Le buscaba, ya corriendo



El lacayo y Mariano; portero y hortelano.

Venía desde el palacio;
Y llegó oportunamente,
Pues al mismo tiempo entraron

Los coches en que venian
Los señores; fué tan rápido
El paso de los carruajes,



Que Blasillo pudo al paso
Ver solamente dos niños
Muy bien vestidos, muy guapos,
Una niña que con gracia
Le saludó con la mano,

Y un niño que seriamente
Le miró de arriba abajo.

—
Un cuarto de hora despues
Vino un lacayo llamando

A Mariano, que era el padre
De Blasillo, porque el amo
Algo que decir tenía
Al portero y hortelano.

—Al punto voy, dijo el padre,
Que estaba un poco escamado,
Temiendo que le quisieran
Despedir los nuevos amos;

Entróse en su portería,
Sacó sus mejores trapos,
Los de las fiestas mayores,
Y limpio de cara y manos,
Fué el buen hombre á presentarse
Con todo respeto al amo.

FRONTAURA.

(*Se continuará.*)

NO SE DEBE DUDAR DE DIOS NI DE SÍ MISMO.

(*Conclusion.*)

Los niños repetían sus palabras, y terminadas las oraciones, la niña menor habló así al retrato de su madre:

—Mamá, mamá mia, haz que ese señor pintor sea bueno con Julieta, y si tiene una niña como yo, te prometo que le daré, cuando la tenga, aquella muñeca tan grande que te dije que tenía ganas de tener.

Todos se acostaron llenos de confianza, y aunque Julieta se preocupaba ya de la situación más que sus hermanos, todavía estaba, por dicha, en esa edad venturosa en que sólo se ve en el horizonte el color de rosa iluminado por el rayo de la esperanza. También Julieta se durmió confiada en el porvenir.

IV.

El día siguiente fué un gran día para la familia. Jamás la anciana Marta había tenido tantas preocupa-

ciones á la vez. Por una parte, el traje de Julieta, que ésta había exigido fuese tan modesto como limpio; luego el de los niños y el suyo, porque ella y los niños acompañarían á la artista hasta la casa adonde iba y la esperarían en la iglesia de enfrente.

Aquellos cuatro niños de luto hubieran inspirado simpatías al más indiferente.

Recibida sin dificultad en el estudio del eminente artista á quien iba á pedir consejo, Julieta se presentó con una modestia encantadora, bien que con firmeza y sin temblar, porque tenía conciencia de la responsabilidad que había para ella en aquel paso trascendental. Dijo su nombre, contó sencillamente las vicisitudes y desgracias de su familia, y repitiendo las palabras de su madre al morir, acabó por suplicar al pintor, que la oía enternecido, qué debía hacer para asegurar el porvenir de los inocentes huérfanos.

Y descubrió el retrato como muestra de lo que ya podía hacer.

Miró el pintor con asombro, y preguntó á la jovencita.

—¿Y quién ha hecho este retrato?

—Es el retrato de mi madre; yo lo he hecho.

—Es un precioso retrato, dijo el pintor; pero ¿lo ha hecho V. sola?

—Yo, sí, señor, y mi madre que, como me lo prometió al morir, me ha inspirado desde el cielo.

—Señorita, añadió el artista, yo también quiero ayudar á V. La pobre madre, cuya prematura pérdida llora V., me agradecerá, sin duda, que complete con mis consejos la inspiración que envía á su hija desde el cielo. Continúe V. trabajando; tiene V. todas las cualidades del artista, entre ellas la fe, que es muy principal y muy necesaria, y rápidamente llegará V. al término de sus deseos. Yo prometo á V. que pronto hará á V. encargo de algun trabajo un aficionado amigo mio, que gusta de proteger á los artistas aplicados y que manifiestan no común mérito.

La jóven no podía contener las lágrimas de alegría y de agradecimiento, y ántes de que el pintor pudiera retirarla, besóle la mano con profunda emoción.

—¡Qué felicidad! Ya no faltará pan á mis hermanitos!, exclamó. Dios le pague á V., señor, el bien que me hace.

Despidióse del pintor, fué á reunirse con sus hermanos y Marta, y

les contó lo sucedido. Es imposible describir la alegría de los niños.

—Mamá, mamá, decían; todo esto lo hace mamá desde el cielo.

El dia siguiente se presentó el aficionado á cuadros, de quien le habia hablado el amable artista, y expuso su deseo de adquirir el retrato.

—Señor, le dijo Julieta, yo haré para V. con muchísimo gusto otro cuadro, pero no quisiera desprenderme del retrato de mi madre, porque viendo este retrato, nos parece á mis hermanos y á mí que no somos huérfanos. En esa misma actitud estaba nuestra madre una noche que nos hizo muy útiles y cariñosas observaciones, y nos dió saludables consejos que nunca hemos olvidado, ni quiera Dios que olvidemos. A los ojos de todos los que la conocieron, el otro retrato que tenemos de nuestra madre la representa fielmente, pero este que he hecho yo nos la representa tal como era para sus hijos.....

Julieta tenía el privilegio de interesar, persuadir y conmover á todos, porque su interlocutor, que la escuchaba atentamente, le respondió:

—Guarde V., señorita, el retrato de su madre, y hágame V. otro cuadro, pero á condicion de que busque V. la inspiración en los sentimientos generosos de ese corazón tan bueno. Y ahora, permítame usted que por adelantado le pague ese cuadro, que V. hará como quiera.

Negóse Julieta á recibir el precio de un trabajo que todavía no habia

hecho; no tenia necesidad, porque aún le quedaban recursos, pero tampoco lo hubiera admitido aunque no los tuviera.

Dos meses despues el mismo caballero venía á casa de Julieta á recoger un preciosísimo cuadro que representaba tres niños en un jardín, y estos tres niños no eran otros que Marcela, Mauricio y Pablo.

Desde entónces no ha cesado de trabajar Julieta, sosteniendo holga-

damente á sus hermanos, que todos han estudiado y son dignos hijos de tan buena madre, y dignos hermanos de tan incomparable hermana.

Y ésta, una artista, famosa ya en toda Europa, no cesa de decir á sus hermanos:

— Bien decia nuestra bendita madre; no se debe dudar jamas de Dios ni de sí mismo.

ISABEL DORÉ.

A UNA MADRE.

De las esposas modelo
Y de las madres dechado,
Sus dones ha derramado
Sobre tí propicio el cielo.

Dióte paz, dicha, riqueza,
Esposo digno y amante,
Alma como tu semblante,
Bondad, virtud y belleza.

Pero congoja mortal,
Pues no hay ventura sin tasa,
Cual dardo crüel, traspasa
Tu corazon maternal.

Es dolor de tus dolores
Ver la prenda de tu vida
En hondo penar sumida
De la vida en los albores.

Angel que al fiero quebranto
Pliega las graciosas alas

Y no luce al sol sus galas,
Ni su inocencia y su encanto.

¡Ay! verla tu amor quisiera
Libre ya del mal terrible,
Cual la palmera flexible,
Como la corza ligera.

Quiera el cielo que este dia
Sea un dia bendecido,
Tornando á tu pecho herido
Dulce y perenne alegría.

Y si no ha de ser verdad
Esperanza tan hermosa,
Di á Dios, humilde y piadosa:
« ¡Hágase tu voluntad! »

Que en trono de eterna luz
Gloria mayor lograr debe
Quien más resignado lleve
En este mundo su cruz.

FRANCISCO DEL VILLAR Y BUSTOS.



EN LA NIEBLA.

(Continuacion.)

Les expliqué la situación, y el sereno y el agente de orden público se manifestaron dispuestos á buscar al niño, aunque se escondiera en las entrañas de la tierra.

— Vas á ir, dijo el agente al sereno, á la plaza de Isabel II, y allí estará el cabo. Le dices que reuna á todos los serenitos y agentes y les envíe á buscar al niño. También has de ir á la prevención y que saquen todos los faroles que haya, y los repartan á todos los guardias, y todos, serenitos y guardias, busquen al niño. Pero ¿cómo se llama el chico?

— Se llama Tónico.

— Pues á buscar á Tónico, hasta encontrarle vivo ó muerto.

— ¡Hombre, muerto no! Me espanta pensarlo.

— ¿Es hijo de usted?

— No, pero es lo mismo; no me consolara nunca si no se hallase vivo al muchacho.

Fuése el sereno, y quedé con el agente, que encendió su farolillo, y ambos comenzamos nuestro viaje de exploración. En los bancos, debajo de los bancos, en los pedestales de las estatuas, en todas partes buscamos con empeño á la criatura; y, buscándole, llegamos á la garita donde el coche habia quedado preso.

Allí estaba el coche, pero sin caballo y sin cochero.

La madre del niño debia estar cerca de la garita, hácia la izquierda, donde yo la habia dejado.

La llamé ¡señora! ¡señora!, y me respondió, pero con tan débil voz que apenas se le oía.

Estaba apoyada en un guarda-canton, inmóvil como una estatua.

— ¡Todavía no ha encontrado V. á mi hijo! exclamó.

Procuré tranquilizarla, díjele lo que habia hecho, que éramos dos é íbamos á ser veinte para buscar á su hijo.

La pobre señora estaba helada, y daba diente con diente.

Supliqué al agente que me ayudase á llevarla al coche abandonado, y así lo hicimos: la infeliz no podia hacer el más leve movimiento.

La envolví en una manta que el cochero habia olvidado en el pescante, la puse en el cuello mi magnífico tapabocas de piel, y el agente queria ponerle su capote, pero yo lo impedí, porque el hombre también necesitaba abrigo en tan terrible noche.

Una vez en el coche, nos dijo la buena señora:

— Por Dios, no me lleven uste-

des á casa; yo no puedo volver sin mi hijo.

— No tenga V. cuidado; este coche no tiene cochero ni caballo, y costará trabajo sacarle de aquí.

— Yo tambien quiero ir con ustedes á buscar al niño.

Hícele comprender que no debia pensar más que en esperar nuestra vuelta, y le dí seguridades de que encontraríamos al niño. Con esto quedó más tranquila.

El agente y yo proseguimos nuestras pesquisas.

— Mire V., me dijo, ya no estamos solos.

En efecto, veíanse en la plaza más de veinte farolillos.

Fuimos hácia Palacio. Acaso el niño estaria allí abrigado junto al muro y muerto de miedo. Nada, no estaba allí; ninguno de los centinelas le habia visto pasar, ni le habia oido llorar, porque seguramente lloraria el niño perdido.

Y no cesábamos de gritar: ¡Tónico! ¡Tónico!

Ya habiamos recorrido en vano toda la plaza, y los jardines, y el pórtico del Teatro Real, sin encontrar el menor vestigio.

— ¡Hombre! exclamó el agente; falta ver en las garitas de los centinelas de caballería.

No sé si he dicho que en estas garitas no habia centinelas á la sazón.

— Tiene V. razon, le dije, pero en la que está el coche no está el niño. De eso tengo seguridad completa.

— Pero puede estar en la otra que está cerca de la calle de Bailén.

— Vamos allá.

No habia más esperanza; si el niño no estaba allí, alguna desgracia horrible habria sucedido.

Yo iba delante del agente y entré en la garita con la mayor emocion. Si no estaba allí el niño, ¿qué habia sido de él? Llevaba yo una linterna que proyectaba su vaga claridad en las paredes interiores de la garita, y al principio no vi nada más que vagas sombras; pero de pronto descubrí en un ángulo algo que parecia un bulto. Toqué el brazo del agente y le señalé el sitio donde estaba el bulto.

— Algo debe ser eso, me dijo; pero no tiene trazas de ser un chico, que es lo que buscamos.

Me puse de rodillas, alargué la mano, y levanté el objeto que habia llamado mi atencion; era un gabancito de astrakan.

Pero debajo apareció, como una pálida rosa de invierno, una carita de niño, de un niño dormido ó muerto.

Casi abracé al agente.

— Ya le tenemos, exclamé.

— Gracias á Dios!

— No me atrevo á tocarle. ¿Está dormido? ¿Está desmayado ó está muerto?

— Está durmiendo como un cachorro.

Durmiendo estaba, en efecto, el inocente, mientras que su pobre madre, loca de dolor, sufría terrible angustia, y tantos hombres se helaban materialmente buscándole en tan tenebrosa noche.

—Duerme, repitió el agente, y vea usted qué calentito está. Ya lo creo; ¡pues apenas cuida su madre de que vaya abrigado! Chaquetita entretejida, guantes, tapabocas... Le aseguro á V. que no siente el frío el arrapiezo. ¡Buen sueño ha echado el muy bribon!

—Y su pobre madre entre tanto...

—Es preciso hacer de modo que no se despierte de pronto el niño, porque se moriría de miedo al vernos.

—Tiene V. razón.

—Yo entiendo á los chicos; ya ve usted, caballero, tengo seis, y el mayor tiene seis años. No hay ninguna nodriza en el mundo que sepa cuidar á los chicos mejor que yo.

—Es V. un hombre de bien, se le conoce á V. á la legua; pero ahora lo que nos interesa es llevar el niño á su madre.

—Insisto, caballero, en que hay que despertarle con ciertas precauciones, porque si se despierta de pronto, y se ve aquí, y nos ve con estos faroles, sin más averiguaciones va á empezar á gritar, y su madre creerá que se le llevamos partido en pedazos.

—Espere V.; le voy á despertar como suelo despertar á cierta ahijada mia que se llama la señorita María. Tome V. mi farolillo, y retírese usted un poco, pero dejando que haya alguna luz en la garita, porque despertarle á oscuras puede que fuera peor.

Tonico no se despertaba. Su inocente pecho se levantaba tranquila y regularmente, y el chico respiraba

dulce y ligeramente. Me puse de rodillas delante de él, luégo en cuatro piés, con perdon de ustedes, y con un extremo cuidado para que sólo le llegáran mis labios, le besé en la mejilla.

En seguida sus dos bracitos rodearon mi cuello, y el niño me devolvió el beso.

Me levanté, y al levantarme ya tenía en mis brazos al señorito, que creía, sin duda, estar en los amorosos de su padre. Estaba medio dormido aún, y su primera frase, despues de un segundo beso que estampé en su mejilla, fué la siguiente:

—Papá, hoy tu barba me pica.

Luégo abrió los ojos y despertó enteramente.

—¡Ay! exclamó, no es papá. Serás mi tío, el que iba á venir.

—Eso es, hijito; soy tu tío, el que iba á venir, y ahora vamos á buscar á mamá, que te está esperando.

—Llévame en brazos, añadió.

Cinco minutos despues Tónico estaba en los brazos de su madre. No se oyó más que muchos besos y frases de inexplicable ternura.

Y despues que hubo pasado esta natural expansion de la amorosa madre, díjome ésta:

—Caballero, quiero tener el placer de volverle á ver, quiero que mi marido sepa lo que V. ha hecho esta noche, y le diga que él y yo le debemos á V. la felicidad de haber hallado á nuestro hijo. Suplico á V., en nombre de mi esposo, que me diga su nombre.

Iba á responder á la buena seño-

ra, pero el niño no me dejó hablar.

— Tío, me dijo, ¿cómo es que está oscuro?

Tónico creía haber pasado toda la noche tranquilamente en su camita como de costumbre.

Conté á la madre lo mucho que habia hecho tambien el agente de órden público, y le pedí permiso para dejarla acompañada del excelente dependiente de la autoridad, que la lle-

varia á su casa, y que la protegeria en todo accidente mucho mejor que yo podria hacerlo.

Estreché la mano del agente, abracé al niño, me despedí de la madre y continué mi camino, es decir, me dispuse á continuar mi camino, que no era cosa fácil en medio de aquella oscuridad cada vez más densa.

(Se continuará.)

P. J. STAHL.

PLEGARIA.

(PARA LA SEÑORITA J. P. DE V.)

Dulce encanto de los cielos,
Amorosa Madre mia,
Fortaleza, amparo y guía
De mi frágil existir;

Oye amante los desvelos
Y las cuitas de mi alma,
Y en tu amor halle la calma
Que á tu amor vengo á pedir.

Misteriosa clara estrella,
Que, á traves de noche oscura,
Iluminas blanca y pura
De la vida el turbio mar;

Muestra al alma, vírgen bella,
De la gloria el rumbo cierto,
Y feliz arribe al puerto
Sin temor de naufragar.

En el mundo ya no tengo
Otra madre cariñosa
Que velára cuidadosa
Por mi tierna juventud :

Tú, mi Madre, á tus piés vengo
Con amante confianza :
Tú, mi amor y mi esperanza
Y mi dicha y mi salud.

Si otro amor mi pecho enciende,
Santifica tú su fuego :
Tus virtudes formen luégo
Para tí mi corazon.

Casta y pura me defiende
Contra todo vago viento
De liviano pensamiento
Y halagüeña tentacion.

¡ Yo te adoro, Madre mia !
No me olvides, no te alejes
De mi lado, no me dejes
De la mano hasta espirar ;
Y asistiendo á mi agonía,
Lleva mi alma á tus alturas,
De la gloria las dulzuras
En tus brazos á gozar.

A. DE VALBUENA.